

DOSSIER SOBRE NOVELA HISTÓRICA*

Momentos de la Novela histórica
en América Latina

María Antonia Zandanel

Historia oficial y nueva novela histórica

Luis Britto García

Olvidos y anamnesias
de un conquistador defraudado

Nathalie Fürstenberger

Memoria, historia y ficción
en la escritura femenina del siglo XIX.
La ciudad heroica de Rosario Puebla de Godoy

Gloria Hintze

Confidencias imaginarias
de Juan Vicente Gómez y otras versiones
del dictador en la narrativa venezolana

Laura Febres

Momentos de la Novela histórica
en América Latina

María Antonia Zandanel*

Introducción

Una de las marcas claramente distintiva de nuestra narrativa en la actualidad, particularmente en las dos últimas décadas del siglo XX, es la constante recurrencia de nuestros narradores a los registros historiográficos que dan cuenta del pasado histórico de la América Latina con la intención de reescribir distintos

segmentos de ese pasado, en una actitud dialogante e inquisitiva, nunca complaciente. Estos registros conforman, además de un verdadero fenómeno editorial, una suerte de polifonía discursiva que nos muestra el pasado americano desde complejas formas de verbalización y de estructuración y adulteración genérica. Como señala Fernando Aínsa,

La nueva ficción se ha embarcado en la aventura de releer la historia, recorriendo con una mirada crítica el período colonial, el de la ilustración y la independencia y, con un sentido revisionista, el siglo XIX e inicios del XX. Parece como si después de las obras complejas, experimentales y abiertas a todo tipo de influencias que caracterizó la novelística de los años sesenta, /.../ la narrativa hubiera necesitado incorporar el pasado colectivo al imaginario individual a través de una perspectiva decantada en el tiempo.

Una significativa producción abreva en la historia para encontrar allí los fundamentos de las ficciones narrativas, ya sea desde paradigmas escriturales que corresponden a la llamada Novela tradicional o clásica, ya desde registros más actuales a los que se conoce como Nuevas Novelas Históricas, Novelas históricas postmodernas o Metaficciones historiográficas. Estos registros conforman esa copiosa producción que ha interesado y comprometido, dentro del propio texto y fuera de él, tanto a escritores como a críticos y lectores. Comparten ambos el impulso de visitar momentos diversos del pasado americano con intenciones dispares que van desde el deseo de comprender los males del ayer para corregir ciertos vicios del presente hasta otras versiones sustentadas en la intención paródica y desacralizadora que impugna las llamadas versiones oficiales. En muy pocos casos podemos encontrar también alguna mirada interesada que se vuelve hacia los orígenes y que entraña un deseo de recuperación y de rescate de nuestro pasado histórico.

El pacto de lectura se establece a partir de nuevos modos de revisar el pasado, por una parte, y la recepción de la obra, por otra, donde un lector generalmente experto o, por lo menos, conocedor de los acontecimientos que se narran, transita las páginas casi con la ansiedad expectante con que lo hace el lector de novelas policiales.

Uno, el lector de novelas históricas, busca los eventuales 'errores', las 'alteraciones', las hábiles manipulaciones que devienen de rigurosas y bien entramadas estrategias discursivas, o en los 'posibles escondidos' que señala Ricoeur; los otros, aquellos que visitan las narraciones centradas en el suspenso, atienden a las pistas dispersas en el relato que les permitan asomarse prematuramente a una posible revelación del misterio. Tienen en común que el recuento de los hechos ya es pasado, definitivamente cerrado y clauso, cuando la relación de los sucesos comienza a ser narrada. La diferencia sustancial está en el hecho de que, mientras en los primeros se conoce a ciencia cierta el final de lo que se textualiza, en los segundos el final está destinado a sorprender y a desconcertar al lector. Ambos, no obstante, en mayor o en menor medida, trabajan con la sorpresa, en un caso ésta se carga en el cómo se textualizan los hechos, en la segunda importa sustancialmente el porqué y el quién hizo posible lo contado.

El pacto se instala también entre quienes (re) escriben y quienes (re) interpretan los hechos pasados: los destinatarios o lectores implícitos, receptores de lo narrado y textualizado. Desde el momento en que los relatos alteran significativamente la referencialidad histórica o al contar desde ángulos poco convencionales, predisponen de un modo particular al lector para recibir lo contado. Estos modos de 'prescribir' artificios que inducen u obligan al lector a aceptar lo contado según lo determina quien cuenta los hechos, revelan aspectos singulares de estos discursos desde ciertas estrategias que hemos llamado en otro momento de manipulación del lector.

Mirada desde otro ángulo, le corresponde a esta abundante producción un doble mérito, por una parte, reflotar y traer a un significativo primer plano el género de la novela histórica tradicional y, por otro, el haber establecido un cambio sustancial, ese que le confiere su sello tan característico a los nuevos paradigmas novelescos. Con ello las viejas y hasta casi agotadas estructuras de un modelo señalado como decadente, habría de transformarse en una de las aventuras más osadas, casi podríamos decir, de los últimos tiempos, cual es la de impugnar y discutir el discurso histórico oficial, consagrado durante siglos.

A partir de esta estrategia se instala en los eventuales lectores una sistemática desconfianza en lo tradicionalmente aceptado como verdadero. De allí se deduce que el campo de la representación literaria habría de ampliarse significativamente al instalar la posibilidad de mirar, desde una focalización desmitificadora y paródica, ciertos acontecimientos de ese pasado a veces abiertamente silenciados, omitidos o soslayados, por cuanto fueron tenidos o considerados como fronterizos o marginales.

Hoy, al girar el foco desde el cual los hechos van a ser ficcionalizados, el relato instala –aun dentro de aquellos sucesos conocidos por el lector- una intranquilizadora sensación de irrealidad o una confusa percepción respecto a la verosimilitud de los hechos contados. La visión caleidoscópica y desacralizadora que se propicia desde la parodia, la ironía, y la intromisión en ciertos intersticios de la conciencia o de lo habitualmente no dicho, vuelve familiar aquello que en otros tiempos hubiese resultado impensable.

Se ha insistido reiteradamente en la compleja relación que se establece entre los paradigmas propios de la historia y aquellos otros que corresponden al plano de la ficción. También se ha considerado *in extenso* las superposiciones y apropiaciones que se han dado entre ciertos registros más ajustadamente históricos y los otros a los que llamamos con acierto ficcionales. La labilidad de las barreras que separan a ambos tipos de discursos, entendidos siempre como documentos que buscan testimoniar el pasado a través de los signos propios de la escritura, ha sido marcada y destacada particularmente en los registros más actuales. Historia y novela, dentro de las exploraciones discursivas hispanoamericanas, se presentan como dos términos siempre antagónicos que han desbordado con frecuencia sus propios límites para interesar cuestiones que tienen que ver con ciertos planteos teóricos, culturales, ideológicos y hasta metodológicos.

Estos discursos, según entiende Paul Ricoeur, constituyen un generoso corpus que, más que textualizar los hechos tal como las viejas crónicas o la propia historiografía afirman que sucedieron, reescriben libremente esos hechos tal como, en todo caso, estos pudieran haber verosímelmente sucedido.

La focalización de ciertos segmentos del ayer importa, en todos los casos, una literatura siempre comprometida que visita los momentos señeros del pasado para buscar allí las causas o los males del presente. Negar ese pasado, reinventarlo, reescribirlo o impugnarlo, constituye, a nuestro entender, un nuevo modo muy latinoamericano de exorcizar discursivamente los propios demonios. La América se reinventa, una y otra vez, desde los discursos que la contienen y que procuran entenderla, explicarla, cuestionarla, negarla, desconocerla o parodiarla. Los actuales registros de las llamadas ficciones metahistóricas al visitar el pasado emprenden la misma ingente tarea de los primeros Cronistas de Indias, aquellos que buscaban textualizar una realidad nueva para dar cuenta de ella a sus lejanos destinatarios. A esa actitud de las visiones primeras se suma hoy una marcada revisión crítica. América se ramifica también, según estas imágenes que procuran aprehenderla, como un complejo constructo discursivo.

Desde su génesis en el Romanticismo, los paradigmas de la Novela Histórica han sufrido sucesivas transformaciones, en tanto se ajustaban al canon requerido

por los respectivos tiempos. Lentos, lentísimos, se gestaron los cambios en los respectivos paradigmas hasta recalar en estas nuevas formas de verbalizar el pasado.

La confrontación y el análisis de las transformaciones y los cambios sufridos por los correspondientes paradigmas que estas escrituras de cuño historiográfico han sufrido a lo largo del siglo XX en América Latina, tal como lo demuestran los importantes estudios realizados, resultó altamente pertinente para revisar los conceptos de Novela Histórica tradicional o clásica (y sus eventuales variables discursivas), de Nueva Novela Histórica, Reescrituras de la Historia, Novela histórica postmoderna y de Metaficción historiográfica.

En el discurso correspondiente a la Modernidad, los escritos que corresponden a un esquema al que se llamó tradicional o clásico, procuran volver su mirada hacia ciertos sucesos lejanos. El pasado se entiende como una realidad a evocar o como el rescate de ciertos episodios centrales de ese pasado histórico, atento a este paradigma de producción. Una clara actitud mimética caracteriza a las formulaciones discursivas que incorporan al universo de la ficción el plano referencial. La memoria actualiza, con apretado ajuste a la veracidad histórica, las coordenadas espacio temporales, desde una posición rigurosamente testimonial. Para la Novela Histórica clásica su ficcionalidad radica en la posibilidad de documentar y recrear, tal como lo hace la historiografía misma, el pasado histórico, los momentos, las acciones y los personajes más destacados del ayer. Cuando en ellas se introducen estrategias ficcionales, éstas se encuentran absolutamente separadas del nivel referencial.

Desde otra perspectiva, la mirada se desplaza desde las variaciones e implicancias que esta subespecie narrativa ha tenido hacia los fines de la Modernidad para recalar en los enfoques predominantes durante el período caracterizado y conocido como Postmodernidad, en particular si atendemos a las producciones escriturales de las dos últimas décadas y su avanzada hacia los primeros años del nuevo milenio.

Desde estos estímulos para retroceder en el tiempo se dispone, a veces, bucear en el pasado para encontrar allí las claves del presente y lo hacen desde un discurso fuertemente apegado a los registros de la historiografía; en otros casos, responden al propósito de impugnar la llamada historia oficial con la intención de favorecer la atomización de esa versión única o casi unívoca del ayer, en múltiples y disímiles versiones, hasta derivar en lo que se ha llamado el fin de la Historia, lógicamente desmentido luego. En muy pocos casos, y particularmente en cierta escritura femenina, se puede observar que la vuelta hacia los orígenes implica, atenta a la perspectiva de género, la recuperación, la reivindicación y hasta el rescate de nuestro pasado histórico.

Una clave para comprender el inusitado despliegue de este interesante fenómeno de producción narrativa lo da Tomás Eloy Martínez cuando afirma que "Contra el aislamiento impuesto por el Poder, el discurso histórico aparece como un recurso subversivo". Estas palabras del escritor cobran su dimensión más cabal si se entiende este fenómeno no tan sólo desde su concepción de fenómeno estético sino en el marco más amplio de un proyecto ideológico que tiende a romper con ciertos moldes culturales, tradicionales y hegemónicos. Se recupera por una parte la intención de la comprender la realidad a partir de la escritura de registros comprometidos con el pasado histórico, pero esto se hace, en muchos casos, a partir de la impugnación y la parodia de esos segmentos del pasado.

Hemos procurado perfilar algunas características de estas singulares producciones que, desde paradigmas de producción diferentes, a partir del Romanticismo y hasta nuestros días, han testimoniado desde ángulos y focos diversos el pasado de nuestra América.

Justo es declarar que no pretendimos agotar aquí la complejidad del fenómeno editorial que deviene de la significativa proliferación de estas escrituras. Sin embargo el dossier recoge un muestreo interesante que abarca momentos y aspectos destacados que las obras pretenden testimoniar.

La visión más amplia y abarcante de la temática estudiada, desde la leyenda dorada a la actualidad, es la que nos propone el trabajo de Luis Britto García, figura destacada, responsable de la producción de varios y significativos registros o versiones narrativas de cuño histórico. El autor titula a su trabajo, muy significativamente, “Historia oficial y nueva novela histórica” para caracterizar a estos escritos que provienen de los aparatos ideológicos del Estado, convertidos en verdad oficial. A esto debemos sumar una mirada a “El género memorias en las últimas novelas de Ignacio Solares”, de Aída Nadi Gambetta Chuk quien acentúa la labilidad de las fronteras entre Historiografía y Literatura para destacar el carácter innegablemente discursivo de ambos registros con la intención de mostrarlo en diversas novelas históricas del escritor mexicano. Laura Febres, por su parte, ha seleccionado un corpus de tres obras que se ocupan de la inquietante figura del dictador Juan Vicente Gómez: *Memorias de un venezolano de la decadencia*, de José Rafael Pocaterra, *Oficio de difuntos* de Arturo Uslar Pietri, para centrar su estudio en la obra de Ramón J. Velásquez, *Confidencias imaginarias de Juan Vicente Gómez*. La intención de la autora es mostrar las diversas versiones del dictador en la narrativa venezolana. Gloria Hintze, a partir del paradigma correspondiente a las llamadas novelas históricas tradicionales, desde la mirada que las escrituras inscriptas en la problemática de género posibilitan, explora en los registros de nuestra patria chica. Con ello rescata del olvido a una casi desconocida obra y autora mendocinas en “Memoria, Historia y Ficción en la escritura femenina del siglo XIX. *La ciudad heroica* de Rosario Puebla de Godoy”. Por último, pero no por ello menos significativo, el trabajo de Nathalie Furstenberger “Olvidos y anamnesias de un conquistador defraudado” se ocupa de la obra de Abel Posse, *El largo atardecer de un caminante*. A partir de la relación metatextual que se establece entre la ficción y el relato historiográfico que permite su reelaboración discursiva desde un cuestionamiento identitario más actual, la autora se propone indagar en los mecanismos del olvido que le permiten a Posse “des-cubrir” su propia mirada de la historia.

A Luis Britto García quiero expresarle mi agradecimiento por este regalo que tan generosamente me brindó cuando tuve el placer de conocerlo en Caracas al tiempo que descubrí una común inclinación y preocupación por esta sub-especie narrativa. A todas y cada una de las autoras mi gratitud por el entusiasmo con que aceptaron esta propuesta para participar en los Cuadernos del Cilha, por adherir a este proyecto, por creer en él, y por el aporte con el que, desde ángulos y perspectivas diversos, contribuyeron a sumar valiosos enfoques tanto ideológicos como metodológicos.

Como corolario de esto que tan sucintamente hemos procurado enunciar cabría agregar que las propuestas de los nuevos registros de cuño histórico de las últimas décadas se proponen mostrar la fragilidad de los límites entre historia y ficción, cuya endebles se establecía ya desde los paradigmas escriturales del romanticismo. Pero, además, parecería que, más allá de una mera propuesta estética, estas nuevas formas de releer episodios del pasado quieren poner en marcha, como propone María Cristina Pons, en un importante libro donde se ocupa del tema, la idea de que estas revisiones del pasado o lecturas críticas del mismo de ningún modo deben ser leídas como una simple construcción discursiva ni como un mero objeto estético o de consumo. Estamos en un todo de acuerdo con estas afirmaciones.

Las lecturas actuales proporcionan desde una osada vuelta de tuerca que se atreve a negar el pasado, un nuevo ángulo de mira para cuestionar este presente

superficial y postmoderno. ¿O será, acaso, que debemos entender a la Novela Histórica, tal como lo fuera en sus formulaciones primeras, como una nueva e inquietante forma de evasión de un presente desquiciante?